

MANTIS RELIGIOSA

Su cuerpo, enraizado por un grueso falo, se encorvaba, cayendo los estilizados brazos y el largo cabello, como las ramas de un sauce llorón, sobre el desnudo amante. Como en tiempo de otoño, las hojas saladas se desprendieron de sus ojos negros, bañando la cara del hombre. Éste, ido por el placer, sintió un bautismo religioso. La mantis lo devoró con su usual entrega. De pronto la muerte se cebó sobre el amante. Dominado por el miedo, salió del cuerpo de la mujer, cogió sus cosas, se vistió en un silencio maldito y se marchó sin dar ninguna explicación. La mantis religiosa contempló con suplicante gesto en la mirada cómo su último amante, al igual que el resto, se alejaba de ella para siempre. Tras oír el portazo, se derrumbó sobre la blanca cama como si ésta fuera una bañera de fría loza por la que resbalase su sangre desdibujada por el agua.

Los primeros rayos de sol ,siendo agujas lacerantes, marcaron el inicio de un nuevo día. A duras penas, soportando un peso cada vez más difícil de sobrellevar, la mujer se levantó de la cama, se puso de mala manera una bata transparente, se dirigió a la cocina y preparó un café. Cogió una taza y se sentó apoyando sus brazos, escuálidos como dos palillos, , sobre la mesa redonda. Ensimismada en la historia de su vida, alzó la taza de

café con las dos manos y lo mantuvo en frente de su boca seca. Delante de sus ojos ausentes, el reloj de pared hacía de minucioso testigo de todo lo que le había pasado. Las agujas se juntaban como dos cuerpos desnudos, dando las doce del mediodía. Entonces recordó a su primer amante. Apenas éste era un hombre cuando sembró en el cuerpo de la adolescente una duda en su vida. Ante el despeje del interrogante, el casi niño la abandonó, dejando atrás un cuerpo que aún se estaba cincelando. El reloj marcó las dos, y eso le hizo recordar al segundo. Un joven bohemio que escapó del mundo como del atlas del cuerpo de la mujer. El reloj dio la hora cuarta. Era el momento de los cuatro pilares sobre el que se edificó su casa: un hogar, un automóvil, un trabajo y unas vacaciones, que un tiempo de monotonía salada fue horadando. Llegó la hora sexta. Fue cuando la mantis traspasó el ecuador en busca de un padre. Tres hombres mayores, como los tres Reyes Magos de Oriente, pasaron por el pesebre de su vida, colmándola de regalos hasta el momento de la manifestación: su entrega. Entonces la mantis entonaba una sinfonía de llanto en la que sus amantes, lejos de acompañarse con su movimiento, se quedaban paralizados por un inmenso miedo, que les provocaba la huida inmediata.

Los cuerpos metálicos de forma ardiente calcinaron la media noche. El reloj de pared entonó las doce campanadas. La mantis se precipitó hacia la bañera blanca de loza. En su carrera perdió una zapatilla de cristal. La bata transparente se deslizó, acariciando por última vez su cuerpo. Se introdujo en su blanco ataúd. Nerviosamente tiró todos los frascos de la repisa hasta encontrar una cuchilla. Los envases se rompieron, sudando mezclas de aromas que lloraban por la pared de azulejos. La mujer se tumbó en un lecho eterno con sábanas de tristeza. Por la muñeca empezaron a deslizarse las seis caras multiplicadas de sus amantes, imágenes redondas como sus glóbulos rojos, de los que algún día quiso alimentarse.